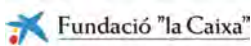


EL MANIFIESTO

LA MUJER Y LA TIERRA, TERRITORIOS DE COMBATE



Financiado por:



Reconocido por:

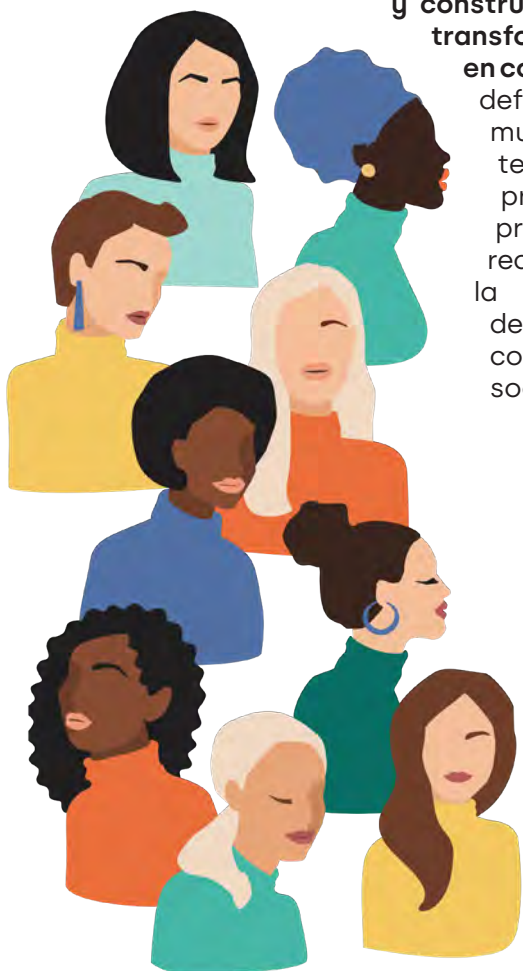


PREVENCIÓN DE
VIOLENCIA CONTRA
LA MUJER
Universidad Simón Bolívar

RESUMEN

La Mujer y la Tierra, territorios de combate es un manifiesto que vincula las experiencias de las mujeres migradas con la defensa de la vida, los cuerpos y los territorios. Desde una perspectiva ecofeminista, denuncia las violencias derivadas de la desigualdad, el extractivismo, el racismo y el desplazamiento forzado, y reivindica los cuidados, la cultura y la organización colectiva como herramientas de resistencia y transformación social. Asimismo, reconoce **las artes escénicas como espacios de reparación, memoria, expresión y construcción comunitaria, capaces de transformar experiencias individuales en conciencia colectiva.** El manifiesto

defiende que la reparación de las mujeres, las comunidades y los territorios forma parte de un mismo proceso de justicia, y culmina con propuestas concretas para el reconocimiento de los derechos, la participación y el bienestar de las mujeres migradas como contribución a la sostenibilidad social, cultural y territorial.



EL MANIFIESTO. LA MUJER Y LA TIERRA, TERRITORIOS DE COMBATE

Hoy hablamos desde muchos cuerpos, muchas tierras, muchas memorias. Hoy nos reunimos como mujeres que hemos cruzado fronteras geográficas, culturales y emocionales.

Venimos de distintos continentes, lenguas y territorios, compartimos la valentía de empezar de nuevo y la historia común de migrar, resistir y reconstruir.

Llegamos sin pedir permiso. No fue casualidad: fue urgencia, fue historia, fue memoria acumulada. Venimos de las grietas, de las periferias, de los márgenes. Algunas cansadas, otras rabiosas; muchas heridas, pero ninguna dispuesta a seguir callando.

No somos cifras ni estadísticas. Somos historias vivas. Somos memoria, somos fuerza, **somos raíz y también camino**. Camino que han antecedido otras mujeres: Manuela Sáenz, Gabriela Silang, Berta Cáceres, las Mujeres de Nder, Ana Orantes, entre otras.

Porque las mujeres estamos atravesadas por historias que se repiten, que se recuerdan, que se intuyen como si compartiéramos un código antiguo.

Somos diversidad que incomoda. Y precisamente ahí está nuestra fuerza. No venimos del vacío. Venimos del desierto, de la selva, de las montañas, de las islas, de la costa, de los mares y los océanos, de los valles y también del asfalto. Nuestros lugares de origen son ricos para la vida y arrasados hasta expulsarnos. Originariamente extraordinarios y arrebatados hasta convertirse en el lugar del duelo cuando necesitas huir.

Venimos de la resistencia y la resiliencia, de una historia que no empezó con nosotras. **Una historia de huida, de exilio, de supervivencia**. Nosotras no esperamos a ser incluidas: nos organizamos.

Las migraciones no son movimientos libres. Son **consecuencia directa de un orden global injusto**. Es dejar atrás lo conocido para abrazar lo incierto.

Hoy no solo hablamos desde la herida, sino también desde la esperanza. Construimos puentes donde antes había muros. Tejemos una comunidad donde hubo soledad.

Muchas de nosotras cruzamos fronteras solas, cargando con la responsabilidad de sostener a quienes se quedan. Trabajamos en tierras ajenas que hemos abrazado. Luchamos por reunir a nuestras familias. Allí siguen las que no pueden salir. Las que continúan resistiendo en condiciones extremas. Las que no se rinden.

Estamos aquí porque el mundo que heredamos no nos sirve, pero nos hizo fuertes. Porque nuestros cuerpos han sido territorio de conquista. Porque la tierra —como nosotras— ha sido explotada, saqueada, silenciada. Las mujeres migradas cargan memoria de despojo, de violencia, de desplazamiento. Y también memoria de organización, de cuidado y de lucha. **Somos archivo vivo de resistencia colectiva.**

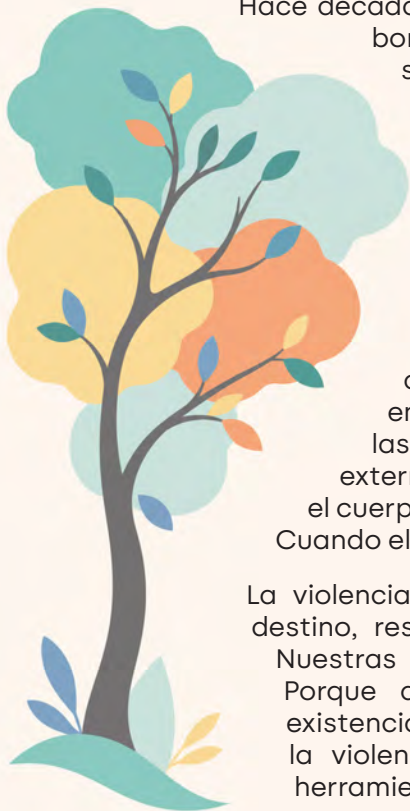
Avanzamos desobedientes, incómodas, imparables. No pedimos espacio: lo tomamos. No pedimos voz: la alzamos.

Hace décadas, nuestras abuelas caminaron bajo las bombas, cargando criaturas, enterrando a sus muertos en la arena, dejando atrás casas, vidas, futuro. No fue una elección. Fue una expulsión.

Nuestro primer aprendizaje no fue la libertad. Antes de salir de casa aprendimos a ajustarnos. A mirarnos.

A corregirnos. No porque alguien lo ordenara explícitamente, sino porque el mandato ya estaba dentro. Aprendimos antes el control que la libertad. Así empieza el control sobre los cuerpos de las mujeres: cuando la vigilancia deja de ser externa y se instala en la conciencia. Cuando el cuerpo es controlado, la tierra también lo está. Cuando el cuerpo se libera, la tierra puede respirar.

La violencia sobre la mujer y la tierra comparten destino, responden a la lógica de la explotación. Nuestras vidas no están separadas de la tierra. Porque defender el territorio es defender la existencia. A la militarización, las amenazas, la violencia, incluida la violencia sexual como herramienta de control, lo llaman desarrollo.



Nosotras lo llamamos agresión.

No hay justicia feminista sin justicia ecológica. No hay libertad si la tierra está envenenada. No hay cuerpos libres en tierras devastadas. Cuando la tierra es cuidada, los cuerpos pueden volver a respirar. Afirmamos que no hay justicia ambiental sin justicia feminista. No hay futuro posible si se destruyen los cuerpos y los territorios que lo sostienen.

Las mujeres sostenemos comunidades: somos creadoras de cambio. Somos las que organizamos redes de apoyo, las que cuidamos, las que emprendemos, las que enseñamos, las que sanamos, las que creamos arte. No hablamos de cuidado como tarea menor. Hablamos de cuidado como principio político. Como forma de conocimiento. Como estrategia de supervivencia. **El cuidado es una red de relaciones vivas entre personas, Naturaleza y Espiritualidad.**

Sabemos lo que cuesta construir el mundo. Lo hacemos centímetro a centímetro, contra la precariedad, contra el olvido, contra el miedo. Somos las que cuidamos, y ahora también somos las que decidimos. **Defendemos la vida en todas sus formas:** la de los cuerpos libres, la de los territorios vivos, la de los futuros posibles.

Las mujeres de pueblos de ascendencia africana, asiáticos, campesinos, indígenas, raizales y palenqueros lo saben desde siempre: cuidar no es solo sostener la vida, es defenderla.

Afirmamos: Defender la tierra no es delito. Defender la vida no es terrorismo. **Defender derechos no es una amenaza: es una obligación.**

Reproducir la vida es resistir a su destrucción. Cuidar no es una tarea menor: es una forma de hacer política. Es defender los cuerpos, la tierra, la memoria y la cultura frente a quienes las convierten en mercancía. El cuidado sostiene el mundo, pero el mundo lo invisibiliza, lo precariza y lo explota. Y ese cuidado tiene rostro: mujeres, migrantes, racializadas y empobrecidas. Por eso afirmamos que sin cuidados no hay vida y sin justicia no hay cuidados.

Mientras el sistema necesite desigualdad para funcionar, cuidar será resistencia y resistir será una obligación. Exigimos: **reconocer el cuidado.**

El extractivismo, la colonización y la guerra han dejado heridas profundas. Violencias de género entrecruzadas. Traumas que atraviesan generaciones. El cuidado ecofeminista no es pasivo. Es reparación. Es restauración. Es reconstrucción del mundo.

La vigilancia, la intimidación, la violencia directa, no son un error del sistema, son el sistema funcionando: convierte la defensa de la vida en un acto de riesgo. Que destruye ecosistemas. Que convierte la tierra en mercancía y la vida en daño colateral. Hay cuerpos que defienden la tierra. **Mujeres que protegen ríos, selvas y territorios frente a la violencia.**

Minería, monocultivos, turismo extractivo: nombres distintos para una misma lógica de despojo. Las comunidades campesinas e indígenas están en primera línea. Las mujeres y la tierra como objetivo a eliminar y aniquilar. Un sistema que empobrece territorios y luego explota a quienes desplaza. Un sistema que necesita cuerpos disponibles: cuerpos para cuidar, cuerpos para limpiar, cuerpos para sostener la vida de otros mientras la propia se precariza. Ese sistema tiene nombre: capitalismo global.

Las migraciones no son un fenómeno aislado. Son el resultado de un sistema que organiza la vida desde la desigualdad como eje central de la organización social. Denunciamos que las violencias que enfrentamos atraviesan nuestras vidas: el racismo, la xenofobia, la precariedad laboral, la invisibilización. Pero también celebramos nuestra resiliencia, nuestras redes y nuestra capacidad de transformar los espacios que habitamos.

Hoy hay cuerpos perseguidos. Hoy hay vidas eliminadas. Hoy hay gobiernos que ejercen violencia absoluta sobre poblaciones desarmadas. Y frente a eso, el mundo duda, calla, se neutraliza. **La neutralidad, en contextos de violencia, no es prudencia es complicidad.**

Cuando todo fue arrasado, nosotras reconstruimos. Creamos escuelas donde no había nada. Sostuvimos la vida cuando faltaba todo. La resiliencia vive en las mujeres que construyen y siguen luchando por la vida.

Decimos alto y claro: No somos víctimas. Somos las columnas que sostienen a un pueblo. Somos memoria viva. Somos resistencia organizada. **Somos futuro en construcción.** Cada intento de silenciarnos ha hecho crecer la conciencia.



Las artes son refugio, son una herramienta de supervivencia, lenguaje, memoria. Son el lugar donde el cuerpo puede existir sin ser corregido, y descansar. Porque descansar también es **resistencia**. Cada proyecto artístico impulsado por mujeres es una forma de resistencia y también de **transformación social**. Nuestras iniciativas no son pequeñas: son **semillas de cambio colectivo**, manos creando y comunidades creciendo. Porque cuando una mujer recupera la voz, el cuerpo y el espacio, no cambia solo su historia, cambia la historia colectiva.

Exigimos **la práctica cultural como un espacio de encuentro, de reconocimiento, de dignidad, de reconstrucción**, donde nuestras voces se entrelacen, nuestras historias se abracen y nuestras luchas se fortalezcan. Proponemos espacios seguros: de Escucha, de Complicidad, de Verdad, de Justicia, de Reparación, de Descanso, espacios para respirar.



PROPONEMOS Y ELEVAREMOS A LUGARES DE INCIDENCIA SOCIAL Y POLÍTICA LA DEMANDA DE:

Un Fondo Público de Reparación, Cultura y Bienestar para Mujeres Migradas.

Establecer que un porcentaje de la riqueza generada por los sectores económicos esenciales - como los cuidados, la hostelería, la limpieza, el trabajo doméstico, la atención sociosanitaria y el turismo, sostenidos mayoritariamente por mujeres migradas - sea destinados a la reparación a través de proyectos culturales y artísticos que proporcionen bienestar social, emocional y físico.

Un Observatorio Interinstitucional de Derechos y Participación de las Mujeres Migradas.

Que realice, entre otras funciones, un Censo de profesionalización en el país de origen de las mujeres migradas y de la actividad laboral que desarrollan en el país de destino.

Hacemos nuestras las palabras de Berta Cáceres:

“Construyamos sociedades capaces de coexistir de manera justa, digna y por la vida. Juntémonos y sigamos con esperanza defendiendo y cuidando la sangre de la Tierra y de sus Espíritus.”

La Mujer y la Tierra, territorios de combate - Plàudite Teatre, del otoño 2025 a la primavera 2026. A través de las artes escénicas han participado 343 mujeres de 35 países de 4 continentes, 4 universidades y 565 personas en los coloquios y debates.

